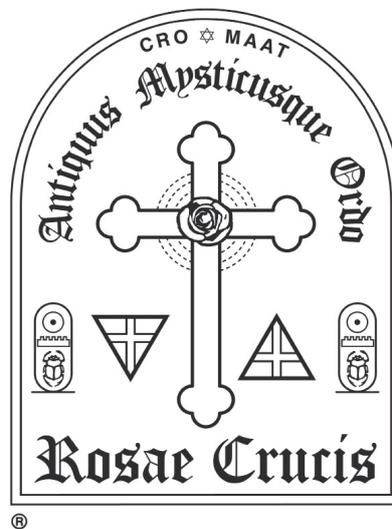


AMORC
GRAN LOGIA ESPAÑOLA
C/ Flor de la Viola 16 - Urb. «El Farell».
08140 Caldes de Montbui
(Barcelona) - ESPAÑA

Tlf: 93 865 55 22

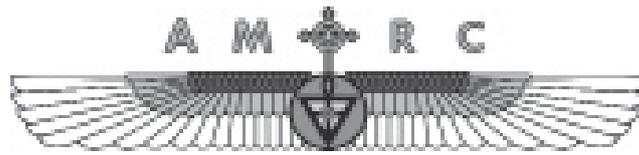
Fax: 93 865 55 24

www.amorc.es



COLECCIÓN ROSACRUZ

Las opiniones expresadas en este libro corresponden al pensamiento de su autor y pueden no representar la postura oficial de la AMORC.



Esta obra ha sido publicada por la Gran Logia de Lengua Española para Europa, África y Australasia de la Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz, mundialmente conocida bajo las siglas de «AMORC». Está reconocida en todos los países donde tiene libertad para ejercer sus actividades como una Orden filosófica, iniciática y tradicional que desde hace siglos, perpetúa bajo forma escrita y oral, el Conocimiento que le han transmitido los sabios del antiguo Egipto, los filósofos de la Grecia antigua, los alquimistas, los templarios, los pensadores iluminados del Renacimiento y los espiritualistas más eminentes de la época moderna. También conocida bajo la denominación «*Orden de la Rosa-Cruz AMORC*», no es una religión ni constituye un movimiento socio-político. Tampoco es una secta.

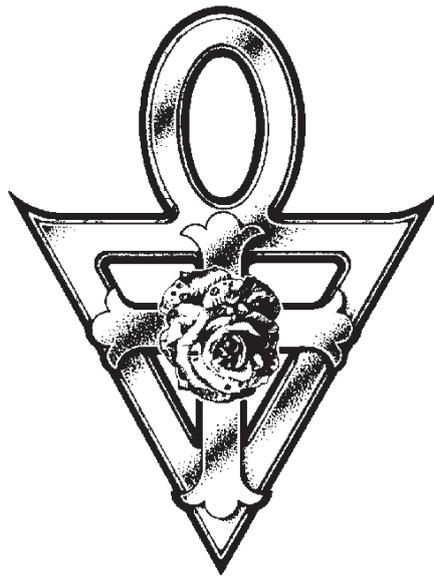
Siguiendo su lema «*La mayor tolerancia dentro de la más estricta independencia*», la AMORC no impone ningún dogma, sino que propone sus enseñanzas a todos los que se interesan por lo mejor que ofrece a la humanidad el misticismo, la filosofía, la religión, la ciencia y el arte, a fin de que pueda alcanzar su reintegración física, mental y espiritual. Entre todas las organizaciones filosóficas y místicas, es la única que tiene derecho a utilizar la Rosa-Cruz como símbolo. En este símbolo, que no tiene ninguna connotación religiosa, la cruz representa el cuerpo del hombre y la rosa, su alma que evoluciona al contacto con el mundo terrenal.

Si desea obtener información más concreta sobre la tradición, la historia y las enseñanzas de la AMORC puede escribir a la siguiente dirección y solicitar el envío del folleto titulado «*El Dominio de la Vida*».

Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz
C/ Flor de la Viola 16 - Urb. «El Farell»
08140 Caldes de Montbui
(Barcelona)

*EL IDEAL ÉTICO DE
LOS ROSACRUCES*

Serge Toussaint



COLECCIÓN ROSACRUZ GRAN LOGIA ESPAÑOLA



Apdo. de Correos 199
08140 Caldes de Montbui (Barcelona)
Tlf: 93 865 55 22
Fax: 93 865 55 24
www.edicionesrosacruces.es

Traducción al castellano: Pedro José Aguado Sáiz

ISBN: 84-95285-01-0
Depósito legal:
Impresión: Publidisa
Edición 2000
© de la Orden Rosacruz AMORC

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Índice

<i>Introducción</i>	9
<i>La paciencia</i>	15
<i>La confianza</i>	19
<i>La templanza</i>	25
<i>La tolerancia</i>	29
<i>El desapego</i>	33
<i>El altruismo</i>	37
<i>La integridad</i>	41
<i>La humildad</i>	45
<i>La valentía</i>	51
<i>La no-violencia</i>	55
<i>La benevolencia</i>	61
<i>La sabiduría</i>	65
<i>Conclusión</i>	71

Introducción

Querido lector:

La Antigua y Mística Orden de la Rosa Cruz es una organización filosófica que perpetúa las enseñanzas que se han transmitido los Iniciados a lo largo de los siglos y que tienen relación con los misterios del universo, de la naturaleza y del mismo hombre.

9

En este sentido es heredera de un Conocimiento que se remonta a la más remota antigüedad. La filosofía rosacruz no se limita a este Conocimiento, que se presenta en nuestros días bajo la forma de manuscritos dirigidos a los miembros de la Orden, sino que se basa también en una especie de ética, es decir, en un ideal de comportamiento.

Efectivamente, todo conocimiento, por muy noble y prestigioso que sea, no basta para hacer sabio a quien lo posee, ya que la sabiduría es un estado de consciencia que se consigue como consecuencia de trabajar durante mucho tiempo consigo mismo.

Desde un punto de vista rosacruz, el objetivo de nuestra existencia es evolucionar hacia el estado de Perfección y manifestar la Sabiduría Divina en nuestro comportamiento. Para alcanzarla, debemos despertar gradualmente las facultades de nuestra alma, que se corresponden a las virtudes de las que tanto le gustaba hablar a Sócrates. En realidad, todos los sabios y todos los filósofos del pasado se han referido a estas virtudes y han insistido en que constituyen la base de la dignidad humana y el bagaje de todo Iniciado digno de este nombre. Por eso es

por lo que os propongo que analicéis doce de estas virtudes, teniendo en cuenta que hay otras más, pero éstas son las que me parecen más importantes de obtener. En cierto modo, manifiestan el ideal ético de los Rosacruces.

Son las siguientes:

La paciencia

La confianza

La templanza

La tolerancia

El desapego

El altruismo

La integridad

La humildad

La valentía

La no-violencia

La benevolencia

La sabiduría

10

Por lo general, toda virtud tiene una contrapartida negativa, ya que el ego, si no está dominado, se opone al alma y crea continuamente una relación de fuerza con ella. En tal caso, se debería a que está apegado a los valores materiales de la vida y saca la energía de la satisfacción de sus propios intereses únicamente. A modo de ejemplo, diremos que el orgullo prevalece en quien no ha conseguido la humildad, casi siempre porque da mucha más importancia a las apariencias y la imagen de sí mismo que ofrece a los demás. Perdemos el tiempo si tratamos de luchar contra un defecto, ya que esa propia lucha le da aún más fuerza, en proporción a la importancia que le concedamos. Es preferible tomar consciencia de ese defecto y procurar conseguir la cualidad opuesta. Volviendo al ejemplo anterior, el mejor medio

de hacerse modesto no es dominar el orgullo, sino reemplazarlo por la humildad. En realidad, esa es la base de la alquimia espiritual, a la que los Rosacruces se dedican en su existencia.

Como seres humanos, todos somos imperfectos. Dicho de otro modo, todos tenemos defectos, de los cuales unos se encuentran patentes y otros, latentes. En cualquier caso, sabemos en lo más íntimo de nuestra alma y nuestra consciencia que somos perfeccionables. Si admitimos que el fin de nuestra evolución espiritual es perfeccionarnos y manifestar con nuestro comportamiento las virtudes de nuestra alma, lo primero que hay que hacer es reconocer nuestras debilidades y aceptar su transmutación, no sólo para nuestro propio bienestar, sino también para que no tengan que soportarlas los demás. El único medio de conseguirlo consiste en analizarnos a nosotros mismos y tratar de definir lo que deberíamos pensar o no pensar, decir o no decir, hacer o no hacer, para intentar manifestar lo mejor de nuestra naturaleza profunda y comportarnos tan dignamente como fuese posible en el plano humano. Eso supone que tendríamos que hacer una profunda introspección y después actuar en consecuencia.

11

Este libro está dedicado ante todo, a los Rosacruces, pues conozco la importancia que conceden a la filosofía, término de origen griego que significa literalmente: «amor a la sabiduría». Si no es usted miembro de la AMORC, pero piensa que la dignidad humana se apoya en la adquisición de ciertas virtudes y su aplicación en la vida diaria, podrá encontrar en esta obra elementos de reflexión. Ese es mi deseo más encarecido.

Sinceramente,

Serge Toussaint
Gran Maestro

Dedicatoria

Este libro está dedicado a todos los que transitan por el Sendero Rosacruz y a todos los que tienen el propósito de alcanzar la perfección.

La paciencia

Como todas las virtudes propias del alma humana, la paciencia contribuye a nuestro bienestar y facilita la relación con los demás. Por eso es por lo que las personas pacientes son, al mismo tiempo, buenas compañeras para ellas mismas y para los demás. Conociendo perfectamente que la vida está llena de imprevistos que retrasan algunos logros o producen contratiempos completamente ajenos a nuestra voluntad, saben esperar y adaptarse a las circunstancias, lo que ya constituye una forma de auto-dominio. A la inversa, los impacientes se irritan cuando las cosas no salen como ellos habían pensado, sobre todo cuando sufren algún retraso en sus actividades, tanto profesionales como de cualquier otro tipo. Con ello perturban inútilmente su armonía interior y se ponen en un estado mental y emocional negativo, lo que les produce con frecuencia una serie de situaciones desagradables.

15

Está claro que la paciencia está vinculada con la importancia que cada uno concede al tiempo. Cuando se hace de él un elemento fundamental de la existencia, no puede evitarse sentirse uno desamparado cuando ya no se controla. Por extensión, la impaciencia se manifiesta cuando se tiene la sensación de «perder el tiempo», tanto si esta sensación tiene una base como si no. Ante la idea de tener que esperar o de no poder hacer lo que tenía previsto en un momento dado, el impaciente se exaspera, se irrita y, muchas veces, se pone desagradable con quienes lo rodean. Más que adaptarse a las circunstancias y aceptarlas con filosofía, las rechaza y se opone a ellas, creando con las mismas una relación de fuerza de la que nunca puede salir ganando. Es cierto que no es agradable dejar para mañana lo que puede hacerse hoy; pero ¿no es mucho más prudente «poner al mal tiempo buena cara»? Si admitimos que la paciencia es una virtud del alma, la impaciencia, por oposición, es una debilidad del

ego, es decir, de nuestro Yo objetivo, lo mismo que ocurre también con todos los defectos de la naturaleza humana. Para ser más concreto, manifiesta una falta de aptitud para vivir el momento presente, sobre todo cuando ese momento es desagradable. Ser paciente es, por tanto, hacer abstracción del futuro, en especial cuando pensar en ese futuro produce en nosotros pesadumbre o ideas negativas en relación con la situación actual. Dicho de otro modo, es ser capaz de transmutar una espera en un estado de consciencia en el que no se tenga la sensación de aburrirse o «*perder el tiempo*».

16

¿Cómo? Olvidando todas las razones que podrían justificar nuestra impaciencia y concentrándonos, a pesar de todo, en pensamientos positivos y constructivos. Si lo analizamos bien, hay tantas razones para mostrarnos impacientes como circunstancias en las que estamos obligados a esperar o afrontar un contratiempo: esperar al pasajero de un avión que tiene muchas horas de retraso, esperar en un embotellamiento de tráfico, esperar el turno en una cola, esperar una carta importante que no llega, esperar el resultado de un examen, esperar una fecha o un plazo concreto, esperar durante una convalecencia, esperar el momento más favorable para iniciar un proyecto, etc. En cualquier caso, la impaciencia no resuelve nada, ya que no puede reducir las horas, los días, las semanas, los meses o los años. En cambio, da testimonio de nuestra incapacidad para dominar el tiempo o, con más exactitud, la idea objetiva que tenemos de él.

En contra de lo que podría pensarse de antemano, la paciencia no se limita a saber esperar cuando las circunstancias lo exigen. Consiste también en mostrar perseverancia en lo que emprendemos, cualquiera que sea la actividad. En esto, podemos considerar que el hecho de no llegar hasta el final de una actividad es una forma de impaciencia. Lo mismo ocurre con la precipitación, que consiste en acelerar inconscientemente el curso de las cosas o hacer demasiado rápidamente un trabajo que necesita cierta planificación en el tiempo. Ser paciente no es, por tanto, únicamente adaptarse a los acontecimientos en caso de espera o contratiempo; es también hacer proyectos y llevarlos a buen fin con método y respetando el tiempo necesario para su realización. Dicho de

otro modo, es ser metódico y constante en lo que se emprende.

Hay que concretar de una forma particular estas observaciones. Efectivamente, si es cierto que llevar a buen término un proyecto es en sí una prueba de paciencia, también es cierto que ese proyecto es difícil de realizar y exige fuerza de voluntad. Por tanto, es mucho más meritorio perseverar en una actividad que no nos motiva en absoluto que en un trabajo que nos gusta hacer. Así pues, en su aplicación más extensa, la paciencia supone una noción de esfuerzo, lo que la convierte en una virtud dinámica que no tiene nada que ver con la inercia o la pasividad. No hay ninguna duda de que lo que se consigue con poco esfuerzo tiene poco valor, tanto en el plano humano como en lo relacionado con las leyes divinas, en especial la del karma. A la inversa, toda acción basada en la paciencia manifiesta en sí misma cierta fuerza interior y forma a quien cuenta con ella.

Si la paciencia es una virtud que debe aplicar cada ser humano en la vida normal, forma parte también de toda búsqueda espiritual. Efectivamente, todo el que admita que el fin del hombre es perfeccionarse gradualmente y llegar a sentir su naturaleza divina en su comportamiento, debe comprender que eso exige tiempo. Está claro que no se hace uno humilde, tolerante o desapegado de la noche a la mañana. Hay que ser paciente en esta empresa y no desanimarse. Para ello, lo mejor es no preocuparse del camino que nos queda por recorrer en el sendero del Perfeccionamiento, sino, más bien, contemplar regularmente lo que ya hemos recorrido y analizar en qué nos ha beneficiado en nuestra forma de vivir.

El camino rosacruz, tal como lo perpetúa la AMORC en nuestros días, necesita también mucha paciencia. Las enseñanzas de la Orden se escalonan en doce grados sucesivos y se necesitan muchos años para asimilarlos. Además, la tentación de querer avanzar rápidamente en el sendero de la espiritualidad es muy grande, más aún en la sociedad moderna, en la que la gente es propensa a la impaciencia. Sin embargo y en contra de lo que dicen algunos «*vendedores de humo*», no hay ningún atajo en materia de misticismo. Hasta podríamos decir que el

deseo de ir rápido va contra el proceso que rige la evolución del alma. Por tanto, no hay que esperar «*milagros*» en este campo y aceptar que el tiempo vaya realizando su obra iniciática, ya que siempre ha sido y es el mejor maestro de los hombres.

¿Cómo se cultiva la paciencia? Ésa es la pregunta que debemos hacernos para cerrar este capítulo. Está muy claro que no hay ningún remedio milagroso en este tema, ya que la adquisición de toda virtud necesita siempre un aprendizaje relativamente largo, dado que no es una cosa natural. Sin embargo, podríamos dar dos normas a seguir para ello: en primer lugar, una espera o un contratiempo constituye un «*vacío*» que se puede llenar mental y emocionalmente. Además, en vez de impacientarnos inútilmente, debemos sacar nuestra fuerza de voluntad y aprovechar esta espera o este contratiempo para reflexionar en cosas positivas o incluso meditar sobre temas filosóficos. En segundo lugar, es cierto que «*todo le sale bien al que sabe esperar*». Tanto en el plano espiritual como en el material, hay que confiar en la Divina Providencia y partir del principio de que todo llega en su momento, en el momento en que estamos preparados para sacar las lecciones más útiles para nuestra evolución interior.